

lo criado, del día y de la noche, que a de ser la ciudad de Tenuchtitlan muladar y secreta de los tlatelulcas. El embaxador voluió con esta embaxada á su Rey, de lo qual uvo gran risa y mofa.

#### CAPÍTULO XXXIV.<sup>1</sup>

De la segunda batalla que los mexicanos dieron á los de Tlatelulco, y de cómo los vencieron.

Oyda la respuesta del señor de Tlatelulco, estando todos los señores presentes, despues de auer reido y mofado de respuesta tan arrogante, *Tlacaoel* se voluió al Rey con una ira quel coraçon parecia saltalle del cuerpo, deseando en aquel punto ser moço de muy poca edad para poder vengar y abaxar la soberbia de hombres tan arrogantes y altivos; y leuantándose en pié mostrando el enojo que tenia, dixo: poderoso Rey: si mis fuerças fueran bastantes para ir solo á mostrar mi persona y el valor della, como lo hice en la entrada de Azcaputzalco, aunque todo el mundo me lo estoruara yo diera á entender á *Moquiuix* su mucha locura y atreimiento; pero pues yo no puedo, vuelua allá *Cueyatzin*, y lléuele las unciones y insinias de los muertos, y haga lo que yo hice en Azcaputzalco;<sup>2</sup> lo qual fué luego puesto por obra; y llegado *Cueyatzin* ante *Moquiuix* dixo desta manera: Señor: el Rey de México, tu siervo y hermano, te inuia estas insinias funerales, y que te ungiese con este betun de muertos y te aparejes para morir. *Moquiuix* se leuantó del asiento en que estaua, dando de rempujones al mensajero, y tratándole con mucha aspereça lo echó del aposento diciendo: dile á tu señor que esas unciones á él pertenecen: y estando diciendo esto llegó *Teconal* con una espada en la mano y dando á *Cueyatzin* un golpe con ella en el pescueço le derrivó la caueça, y tomándolo en braços lo echaron en los términos de Tenuchtitlan, donde luego los tlatelulcas alçaron un alarido muy grande, apelli-

<sup>1</sup> Véase la lámina 113, part. 1.<sup>o</sup>

<sup>2</sup> Vide pág. 74.

dando este nombre de Tlatelulco: *Tlacaoel* tomó una espada y una rodela, y subióse en lo alto del templo y mandó tocar los atambores y bocinas, al són de los quales se recogió gran número de soldados y gente de guerra, á los quales en alta voz dixo: hijos y hermanos míos; no desmayeis, que la justicia es de nuestra parte, pues nos an muerto á nuestro embaxador, tan sin raçon y justicia; no teneis necesidad de salir de vuestros términos, pues á las espaldas de vuestras casas están vuestros enemigos: no ay que subir cerros ni que decendir quebradas, ni que correr valles: hacé quenta que echais moxcas de vuestra pertenencia; por tanto meteos debaxo la rodela, apretá bien el espada, estendé bien vuestro braço, porque desde aquí quiero ver y goçar del valor de vuestras personas.

A este punto salió el Rey *Axayacatl* armado de sus armas con ricos adereços y deuizas de mucho oro, joyas y plumas, con una rodela y espada en la mano, mostrando valor y gentileça, cercado de todos sus señores y principales, que no menos galanos y vistosos venian, al qual dixo *Tlacaoel*: ea, valeroso mancebo: poco á poco; no te apresures, aguarda á la seña que yo te hiciere y ten atencion á quando yo alçare la rodela en alto, que aquese es el tiempo de acometer; y con esto el rey y su exército empeçaron á marchar, y llegados al término señalado allaron la gente del Tlatelulco no menos apercebida y á punto, con el mesmo órden y concierto que ellos trayan, estando en delantera *Moquiuix* y *Teconal*, animando y esforçando su gente. El rey *Axayacatl*, puestos los ojos en *Tlacaoel* para aguardar la seña que le auia de hacer para empeçar el combate, vido alçar la rodela y el espada, haciendo amenaza de herir, y luego mandó á su gente que acometiese, y fué con tanta furia, que los de Tlatelulco se vieron muy apretados, del qual rencuentro les ganaron los mexicanos mucha parte de tierra, haciéndoles retraer á mal de su grado, trauajando los mexicanos de cobrar la plaça del Tlatelulco, que era la prencipal donde se hacia el mercado, al cauo de la qual estaua el grañ templo del Tlatelulco, donde los tlatelulcas auian jurado á su dios de ensangrentalle las gradas del templo y su estatua con la sangre de los mas principales mexicanos.

Empero los de Tlatelulco lo resistian con todas sus fuerças y po-

der, sobre lo qual uvo en aquel punto una porfia y batalla muy reñida, muriendo mucha gente de ambas partes. En aquel punto *Tlacacléel*, desde lo alto del templo mandó tocar los atambores y bocinas, caracoles y otros instrumentos quellos tocauan en las batallas, con muchos silbos y aullidos temerosos que usauan, al sonido de los quales los mexicanos cobraron ánimo y esfuerço, y apretando á los de Tlatelulco los hicieron mouer hácia atras y perder el lugar que tenian, y encerrándolos en la plaça de su mercado, haciéndose los tlatelulcas fuertes, no dexauan entrar á la plaça ninguno de los mexicanos en ella. El rey *Axayacatl* mandó cesar á los suyos, los quales todos baxaron las espadas, arcos y soltaron las hondas y figas, y en alta voz empeçó á decir: hermano *Moquiuix*, ya veis quán poco nos falta para ser señores desta plaça y templo: rendios y baxá las armas; tené lástima de vosotros mismos y de vuestros hijos. *Teconal* respondió: eso haremos nosotros de buena gana, si atadas las manos os poneis en nuestro poder para ensangrentar con vuestra sangre nuestro templo, como lo tenemos jurado y prometido á nuestro dios *Vitzilopochtli*. *Axayacatl*, viendo lo poco que sus comedimientos aprouechauan, mandó á los suyos voluiesen al combate, y fué con tanto ímpitu esta arremetida, que desbaratándolos entraron á la plaça donde los tlatelulcas empeçaron á retraerse sin ninguna órden ni concierto. *Moquiuix* y *Teconal*, viéndose perdidos y que la gente huya, mas que peleaua, subiéronse á lo alto del templo, y para entretener á los mexicanos y ellos poderse reacer, usaron de un ardid, y fué que juntando gran número de mugeres y desnudándolas todas en cueros y haciendo un escuadron dellas, las echaron hácia los mexicanos que furiosos peleauan, las quales mugeres, así desnudas y descubiertas sus partes vergonçosas y pechos, venian dándose palmadas en las barrigas y otras mostrando las tetas y esprimiendo la leche dellas y rociando á los mexicanos. Junto á ellas venia otro escuadron de niños, todos en cueros y embijadas las caras y emplumadas las caueças, haciendo un llanto lamentable. Los mexicanos, viendo una cosa tan torpe, mandó el rey *Axayacatl* que no hiciesen mal á muger ninguna, empero que fuesen presas y los niños juntamente, y así siguiendo la vitoria y dexadas las mugeres, el rey subió á lo alto del templo

con otros caualleros suyos, aunque con mucho trauajo por la mucha resistencia que halló; pero CUANDO subió halló que *Moquiuix* y *Teconal* se auian acogido al altar donde estaua *Vitzilopochtli*. El rey entrando osadamente, junto al mesmo ídolo y altar; los mató y sacó arrastrando y echó por las escaleras abaxo del templo.<sup>1</sup>

Los tlatelulcas, viendo á sus caudillos y señores muertos, desampararon la plaça, y metidos por las acequias y tulares, unos hasta las gargantas, otros hasta los pechos, se escondian lo mejor que podian para no ser muertos de sus mesmos deudos y hermanos que furiosamente los perseguian, no dexando hombre á vida. A este punto salió un gran señor de los tlatelulcas, ya viejo muy anciano, tio del rey de México, que se llamaua *Cuahuauhtzin*, y postrado delante de su sobrino le suplicó mandase ceçar su gente y que bastase la vengança que de sus ofensores auia tomado. El rey, viendo las venerables canas de su tio postradas ante él, mandó cesar á los suyos y reprendiéndole el mal acuerdo que auian tomado, el viejo se escusó diciendo no auer sido en el parecer. El rey le mandó, que pues auian sido traidores á su corona real, que de allí adelante queria y era su voluntad que aquella parcialidad mexicana del tlatelulco le fuesen tributarios y pecheros como las demas ciudades y prouincias, y que les quitaua todas las libertades y eçenciones que los mexicanos tenian, y mandóle tributasen mantas, ceñidores, plumas, joyas y piedras, armas, esclauos, de ochenta en ochenta dias, y que con esta condicion los perdonaria, y que luego quitasen la estatua de *Vitzilopochtli*, porque queria que aquel templo fuese secreta y muladar de los mexicanos, como ellos auian jurado de hacer el de la ciudad de México; y que ninguno de los questauan metidos en las acequias osase salir dellas hasta que, saqueada la ciudad de Tlatelulco, sus soldados quedasen pagados y satisfechos de su trauajo. Todos así lo concedieron.

Tambien les mandó que, por oprobio y escarnio, cantasen en las acequias donde estauan y en los carriçales metidos, como tordos y

<sup>1</sup> Segun la narracion del Anónimo mexicano, que forma la tela de esta historia, *Moquiuix* fué despeñado vivo por *Axayacatl*, pereciendo en la caída. Conforme *Torquemada* en el hecho principal, difiere solamente en la persona que lo despeñó. Los indios, intérpretes del *Códice Mendocino*, dicen que él se precipitó voluntariamente, "viéndose apretado en la batalla."

graznasen como urracas y que arremedasen á los patos y ansares; y luego que fué mandado empeçaron á graznar como tordos y como urracas y como patos y ansares, de lo qual los mexicanos leuataron gran risa y burla, y hasta el día de oy los llaman graznadores y arrendadores<sup>1</sup> de aues marinas y tordos, con lo qual los afrentan, y el día de oy ninguna vez riñen ni se desonran que no les den con esto en la cara. Al son destes graznidos mandó *Axayacatl* que fuese saqueado el tlattelulco, lo qual fué hecho en un punto y las casas rouadas de todo quanto en ellas auia, hasta llevar ollas y cántaros y platos y escudillas, y lo que no podian llevar lo hacian pedaços, procurando amedrentallos y escarmentallos para siempre. Desde aquel día los hacian pechar y tributar y ir á las obras públicas y comunes, y hacíanlos ir con las cargas y mensajes á las partes que se ofrecian, especialmente á las guerras les hacian llevar el fardaje y bastimento á cuestras, auiendo sido libres hasta entonces de todo aquel trauaje y subsidio; y hacíanlos ir á la casa real á barrer y regar y acarrear agua y leña para el servicio real, y dauan de tantos á tantos días guardas para el seruicio personal y las casas reales: traíanlos tan sugetos y avasallados que les dauan á entender el mal que auia hecho. A *Teconal*, mouedor desta rebelion, empararon y pusieron á la entrada del Tlatelulco para exemplo y escarmiento de los demas.

Fecho esto mandó el rey que aquella plaça y mercado que ellos ganaron, pues los tlattelulcas no tenian mas tierra, que fuese repartido entre los señores y que la parte que á cada uno cupiese, que de todos los tlattelulcas que allí hiciesen asiento, de todo lo que vendiesen les diesen alcauala, de cinco uno, y así se repartió la plaça entre todos, de donde cada uno cobraua alcauala de lo que en el lugar que le auia cauido se vendia.

Este primer tributo, que fué á los ochenta días, no truxeron esclauos, como les auia sido mandado, y escusándose de no los auer podido auer, el rey y *Tlacaelel* los reprendieron y en penitencia y castigo les mandaron que, hasta que otra cosa se les mandase, todos los grandes y principales de aquella parcialidad se quitasen las mantas ricas y usasen mantas viles de nequen, como gente vil y

<sup>1</sup> Probablemente—“arremedadores.”

apocada, y que no usasen çapatos, ni beçotes, ni orejeras, ni plumas galanas, ni saliesen al tianguetz ó mercado, ni se sentasen en las encrucijadas, ni á las casapuestas,<sup>1</sup> sino que, como mugeres, estuviesen recogidos en sus casas y que les turase esta penitencia y castigo hasta los ochenta días del segundo tributo; los quales, PARA NO VERSE afrentados, se esforçaban y acudian á las guerras ciuiles que con Tlaxcala, Vexotzinco y Tlilihquitepec, Cholula, Çacatlan, tenian, de donde traian presos y esclauos para tributar, y así les quitauan aquellos entredichos que e contado, los quales, en faltándoles, eran tornados á poner. El fué tanta la pertinacia de los mexicanos, que hasta que los españoles vinieron á la tierra no les dexaron tornar á libertad ninguna, ni á tener templo particular, sino que acudiesen al de México; y así dice la ystoria questuvo hasta entonces lleno de yerba y de basura y caidas las paredes y dormitorios del.

#### CAPITULO XXXV.<sup>2</sup>

De cómo los de Tenantzinco pidieron socorro á los mexicanos contra los de Toluca y Matlatzinco, y de cómo se le envió y fueron destruidos.

En Toluca y Matlatzinco, que se cuenta sola una prouincia, reynauan ó eran caueça della dos señores muy valerosos y de mucha autoridad, que se llamauan el uno *Chimattecutli*; éste regia la parcialidad de Toluca, y el otro se llamaua *Chalchihquiah*, el qual regia la parcialidad de los matlatzincas. El que era señor de Toluca tenia tres hijos muy valientes, moços atreuidos y osados para acometer qualquier cosa por ardua que fuese. En Tenantzinco gobernaua un señor que se llamaua *Teçoçomocli*, el qual tenia otros tres ó quatro hijos mançeuos, que no menos presumian de su gentileça y gallardía. Entre estos moços de ambas las partes empeçó á auer coxquillas y envidias y á tener entre ellos bandos y contiendas,

<sup>1</sup> Zaguanes.

<sup>2</sup> Véase la lámina 11ª part. 1ª.